

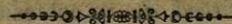
lo quiere decir, y ya se torna á arrepentir; ya llegaba á la puerta del superior para decirse, y se vuelve del camino porque no se atrevió (1). Estaba ya á punto de echar á luz aquella tentacion y mal pensamiento que el demonio, padre de tinieblas, habia puesto en su pecho, y no tuvo virtud, ni uerza para ello; siempre se queda con dolores de parto (2); y mientras mas dilata el descubrirlo, mayores dolores siente, porque se le hace mas dificultoso y vergonzoso despues el decirlo. Ya le torna á pesar porque no lo descubrió al principio, y la mayor dificultad que siente es: «¿pues cómo iré yo ahora al superior, al cabo de tanto tiempo? si fuera al principio, dijérasele; pero ahora, ¿con qué cara pareceré delante de él? Habiéndome cerrado tanto tiempo con él, ¿qué dirá? que no me he fiado de él, pues que no se lo quise decir al principio.» No tendrá uno descanso, ni reposo, mientras anduviere cerrado y encubierto. La conciencia le estará siempre remordiando, y atormentando, y dando garrote, porque no quiere hacer una cosa tan importante y principal: y en descubriéndose y declarándose, luego se sosegará toda esa tempestad y quedará muy quieto y consolado.

Es como cuando uno no se atreve á confesar algun pecado por vergüenza, que anda siempre con unos temores y sobresaltos y con unas congojas muy grandes; y en confesándolo, queda tan contento y descansado que le parece que ha echado de sobre sí una gran torre que traía á cuestras. Dice San Gregorio: «Las llagas y postemas cerradas, claro está que dan mayor dolor, porque está la materia y ponzoña allá den-

(1) Colligata est iniquitas Ephraim, absconditum peccatum ejus, dolores parturientis venient ei. *Oss.* XIII, 12.

(2) Venerunt filii usque ad partum, et virtus non est pariendi. *Isai.* XVII, 3.

tro hirbiendo, y cuando se abren sale fuera toda aquella podre y hediondez, y asi naturalmente se aplaca el dolor (1). De la misma manera es cuando uno confiesa su pecado y declara sus tentaciones y flaquezas. El confesar y manifestar sus culpas y tentaciones es como el abrir de la postema y de la llaga (2); ó como cuando el estómago está lleno de mal humor, ó mucha comida, y anda uno con vascas y dando arcadas por echarlo, que hasta que lo acaba de echar no tiene quietud ni reposo, y en echándolo, luego queda sosegado y quieto. Pues por aqui se verá bien cómo es mucho mayor el tormento y pena que trae consigo el que anda cerrado y encubierto, que la que podia recibir en descubrirse y manifestarse, porque esta es una cosa de poca vergüenza y mortificacion, que se pasa en un credo, y despues queda con mucha paz y contento de haberse declarado; y asi, al que por huir la dificultad y el trabajo no se declara, bien le podemos responder que antes por esa misma razon se habia de declarar; porque andar con mayor trabajo, pudriéndose, carcomiéndose y consumiéndose de pena (3), y en declarándose, quedará con mucha paz y sosiego.



CAPITULO VII.

Satisfácese á la dificultad principal que suele impedir esta claridad.

• Una de las mayores dificultades, ó la mayor, que se suele poner delante á algunos para no declararse y descubrir su pecho al superior, es parecerles que quedarán

(1) Vulnere clausa plus cruciant; quia cum putredo, quae intrinsecus fervet, eicitur ad salutem, dolor aperitur. *Greg. lib. 7, Moral. cap. ultimo; et lib. 3, Past. admonit. 15.*

(2) Quid est peccatorum confessio, nisi quaedam vulnerum ruptio? *Ib.*

(3) Quoniam tacui, inveteraverunt ossa mea. *Ps. XXXI, 3.*

afrentados y perderán el buen nombre y crédito que por ventura tenia de ellos, y que de ahí adelante les traerá entre ojos, y no se fiará de ellos ni les tendrá tanto amor. Con esto engaña el demonio á muchos y les hace que no se declaren ó que no se declaren del todo. Pero si mostrásemos que todo esto es al contrario, y tan al contrario, que antes descubriéndose y manifestándose ganan honra y estimacion y mas amor, y no se declarando, pierden todo eso, parece que quedaria bien allanada esta dificultad. Pues con la gracia del Señor lo mostraremos aqui, para que se vea cuán al revés es de lo que el demonio nos representa para engañarnos; y asi es ordinariamente en todas sus tentaciones, porque es padre de mentiras. Digo, pues, que no hay cosa con que uno pierda mas reputacion y mas estima cerca del superior como con andar encubriéndose y recatándose de él, y dándole ocasion para que le comienze á tener en posesion de cerrado y doblado: con ninguna falta que descubriera pudiera perder tanto como con esto, porque una falta es una; pero el tener á uno por cerrado, comprende mucho, porque le hace sospechoso de muchas faltas. «Este es hombre cerrado de pecho, qué sé yo si como encubrió esto encubrirá lo otro y lo otro;» solo esto pesa mas que cuanto él podia decir. Y por el contrario, cuando uno descubre toda su ánima al superior y le declara todas sus tentaciones, inclinaciones y defectos, no solamente no pierde, sino gana mucho crédito con él, porque le tiene por humilde y mortificado, por claro y llano, y que no tiene otra cosa allá dentro de lo que muestra de fuera.

Iremos declarando esto mas de raiz, porque es un punto de los mas principales que hay en esta materia. Digo lo primero, que no puede uno tomar medio mas eficaz, para ser querido y amado del superior y

ganarle la voluntad; como manifestarle y descubrirle todo su corazon sin tenerle cosa encubierta. La causa de esto es, porque una de las razones mas fuertes para amar, es ser amado, como lo dicen comunmente los filósofos y los Santos. Y el Evangelista con esta razon nos convida á amar á Dios, «porque él nos amó primero á nosotros (1).» Pues una de las cosas mas principales en que uno puede mostrar que ama mucho al superior, es en descubrirle todo su pecho y todos sus secretos grandes y pequeños; porque cuando el amor de dos llega á tanto, que no hay entre ellos cosa encubierta, es muy grande y muy estrecha amistad. Y asi dijo Cristo nuestro Redentor á sus discípulos: «A vosotros os he llamado amigos, porque os he descubiertos y manifestado todo lo que oí de mi Padre (2): A los otros hábloles yo en parábolas; pero á vosotros como á amigos, digoos claramente los misterios del reino de los cielos (3).» Pues cuando el superior ve que uno le descubre todo su pecho y que no se le queda allá nada, entonces entiende que le ama verdaderamente, y que le tiene por padre en lugar de Dios, pues fia de él toda su alma y honra, y lo pone todo en sus manos; y eso le roba el corazon y le obliga á amarle mas y á mirar mas por él. Pero si el superior ve que no se acaba de declarar, sino que antes anda con él con recato y por rodeos, y que le habla en parábolas para que no entienda la cosa como es (4), eso es causa bastante para que no haga buen concepto de él, y le tenga menos amor, porque ve que el otro no le ama á

(1) Quoniam ipse prior dilexit nos. *I. Joann.* IV, 10.

(2) Vos autem dixi amicos; quia omnia quaecumque audivi a patre meo, nota feci vobis. *Joann.* XV, 15.

(3) Vobis datum est nosse mysterium regni Dei; caeteris autem in parabolis. *Luc.* VIII, 10.

(4) Ut audiendo non intelligat. *Luc.* VIII, 10.

él, ni le estima, ni le tiene por Padre, pues no se fia de él, ni se atreve á descubrirsele; eso naturalmente causa desamor; ¿cómo quereis que os ame el superior como á hijo, si vos no le amais á él como á padre? amadle vos como á padre, fiándoos de él y tratandó con claridad y llaneza con él, y él os amará como á hijo. Lo mismo diremos despues (1) de los superiores con los súbditos, que cuando el superior habla con claridad al súbdito cualquiera cosa que sea, y le dice: mirad que teneis esta y esta falta, en esto se repara, esto se murmura de vos, procurad enmendaros de ello; entonces le ama, porque este es trato de verdadero amor; pero cuando el superior anda con el súbdito con rodeos, y no le acaba de decir las faltas que tiene, ni en lo que querría que se enmendase, sino que le muestra una cosa de fuera y tiene otra dentro, ese no es trato de verdadero amor, sino trato doblado y fingido. Y así digo que cuando se procediere con esta claridad y llaneza de entrambas partes, entonces habrá verdadero amor de los superiores á los inferiores, y de los inferiores á los superiores; y verdadera unión de corazones, y andaremos bien; y cuando no, todo será cumplimiento y ficción. De manera, que por descubrirse y declararse uno al superior, no pierde amor, sino antes le gana mayor.

De aqui se sigue lo segundo, que tampoco perderá uno por eso el buen nombre y estima que tenia de él el superior, porque donde hay amor, siempre hay estima, y la voluntad no ama sino lo que el entendimiento le representa por bueno y por digno de ser amado. Y así, estas dos cosas, amor y estima, ordinariamente andan juntas; pero fuera de esto, descendiendo mas en

particular, cuánto á lo primero, claro está que por tener uno tentaciones, por malas y feas que sean, no pierde nada, porque eso antes es propio de los que sirven á Dios y tratan de espíritu, que esotros muchas veces no saben qué cosa es tentación, ni las echan de ver, ni el demonio ha menester gastar tiempo con ellos, porque de su voluntad, sin nada de eso, le siguen. Contra los que se recogen á servir á Dios y tratan de virtud y perfección suele ser la guerra de las tentaciones; conforme á aquello del Sábio: "Hijo, acercándote á servir á Dios, prepara tu alma para la tentación (1)." *omni die sup. el. et. se. aver. la.*

A algunos se les suele poner delante que su tentación es muy vergonzosa, y les parece que es aquella una cosa muy particular y muy extraordinaria y que nadie debe de haber tenido cosa semejante; y así no se atreven á declarar, temiendo que se le hará aquello muy nuevo al superior. Pero esta es tentación propia de novicios, que como no tienen experiencia, ni saben de tentaciones, piensan que es cosa nueva la que es muy vieja y común. Tened por cierto que no direis cosa al superior ó confesor que se le haga nueva, por extraordinaria que os parezca; otros muchos habrán encontrado con esa tentación, y por él mismo por ventura habrá pasado. "Nada hay nuevo debajo del sol," dice el Sábio (2): todas son cosas viejas, no se os hagan á vos nuevas.

Mas: tampoco perderá uno con el superior, por descubrirle sus faltas é imperfecciones, que es lo que se suele hacer mas dificultoso. La razon es porque de hombres es caer, que al fin somos de barro, que se quiebra fácilmente, y por sí mismo conoce

(1) Fili, accodens ad servitutum Dei, praepara animam tuam ad tentationem. *Ecc. II, 1, 1339*
 (2) Nihil sub sole novum. *Ecc. I, 10.*

(*) Trát. 8, cap. 4.

el superior la flaqueza del súbdito, porque todos somos de una misma masa; y así no se espanta cuando le descubre sus faltas é imperfecciones. Gerson, persuadiendo á las personas de poca edad que no dejen de confesar nada por vergüenza, que suele ser falta muy ordinaria en semejantes, dice (1): ¿pensarás que te querré ó tendré en menos por saber tus pecados y flaquezas? engañaste, que antes entonces te amaré como á hijo muy querido, y como á quien fió de mí y me descubrió lo que á su propio padre no se atreviera á descubrir. Sabe Dios, dice, la afieion y ternura que siento con el que me descubre sus miserias; y cuanto mas bajas y vergonzosas son, tanto mas se me enternecen las entrañas y el corazón para con él. Aquella humildad y llaneza con que uno declara su culpa; aquel deseo que muestra de su aprovechamiento y de ser curado y remediado, naturalmente mueve y hace que el superior le quiera meter en las entrañas y darle su corazón. Aun cuando viene á nosotros un extraño, y nos descubre sus trabajos y miserias, le cobramos un amor y un deseo grande de ayudarle, y le procuramos consolar y animar; ¿qué será á un hijo? É importa mucho que todos entiendan y se persuadan esta verdad, que en descubrir sus imperfecciones y flaquezas á su Padre espiritual, no perderán, sino antes ganarán mayor amor y estima, para que nadie deje una cosa de tanta importancia como esta por las representaciones contrarias del demonio, falsas y mentirosas.

Para mayor confirmacion de esto se ha de advertir aqui que el hacer el mal, y la voluntad y propósito de hacerlo, es cosa vergonzosa é indigna de parecer delante de Dios y delante de los hombres; pero ahor-

recer lo mal hecho, el arrepentirse y confundirse de ello, el llorar y confesar uno sus yerros y pecados, no es cosa vergonzosa, sino muy honrosa delante de Dios, y así lo ha de ser tambien delante de los hombres que están en lugar de Dios. Tratan allá los teólogos una cuestion: si el dia del juicio han de salir á plaza tambien los pecados que hicieron los Santos y bienaventurados. Opiniones hay en ello; pero una cosa podemos decir en esto de cierto, que hace á nuestro propósito, y es, que si salieren en público, no será en confusion y en vergüenza de los que los hicieron, sino en honra y alabanza suya; porque saldrá juntamente con ellos tal penitencia y satisfaccion, que no queden confundidos ni avergonzados, sino mas honrados y estimados. Lo cual sabe Dios muy bien hacer, y vemos que lo hace ahora con muchos Santos, porque cada dia salen á plaza y se publican los pecados de la Magdalena, y el dia de su fiesta se cantan en el Evangelio con grande honra y estima suya y para grande honra y gloria de Dios, que aun de los pecados sabe sacar tanto bien (1). Y lo mismo vemos en los pecados de los Apóstoles San Pedro, San Pablo, San Mateo y del Profeta David. De manera, que por aquellos pecados, á los cuales se siguió tal penitencia y satisfaccion, no pierden honra ni estimacion, sino antes la ganan. Suelen traer una comparacion buena para declarar esto: hace uno una ropa nueva de damasco, salió muy bien hecha y parecia muy bien; asíóse no sé dónde y rasgóse, ya parece que queda perdida; hecha en aquel rasgado un ribete, ó unos pasamanos de oro, ó un bordado muy rico, y con aquello queda la ropa mas graciosa y vistosa que antes, y no parece sino que se

(1) Gers. tract. de parvulis trahendis ad Christum part. 2.

(1) Qui sugit mel de potra, oleumque de saxo durissimo. *Deut. XXXII, 13.*

hizo de propósito aquel rasgado para hermostrarla más. De esa manera saldrán en público, si hubieren de manifestarse, los pecados de los Santos y bienaventurados el día del juicio final, que no les causarán confusión ni vergüenza, sino antes gloria y honra por haber salido de ellos como salieron. Pusieron ribete de oro y bordadura rica en el rasgado, con que quedaron más honrados y hermostrados. Pues de esa manera es acá cuando uno descubre al confesor ó superior sus flaquezas y miserias con confusión y arrepentimiento y con verdadero deseo de ser curado y remediado; no solamente no pierde con él, sino antes gana más honra y más estimación y amor. Dice el Sábio: "Hay una confusión que trae consigo pecado y otra que trae consigo gracia y gloria (1)." Aquella confusión y vergüenza con que manifiesta uno sus culpas, esa trae consigo gran honra y gloria; pero la confusión y vergüenza que hace á uno encubrir sus culpas, trae consigo pecado.

Cuéntase de nuestro bienaventurado Padre San Ignacio (2), que para ganar á un sacerdote religioso, de vida muy disoluta y profana y muy contrario suyo, habiendo tentado otros medios para ganarle y no aprovechando, tomó por medio irse á confesar con él; y despues de haber dicho las culpas cotidianas, dijo que tambien se queria acusar de algunos pecados de la vida pasada que mas le remordian, y comenzó á confesar las flaquezas de su mocedad y las ignorancias de su vida pasada con tan gran dolor y sentimiento, y con tantas lágrimas, que el confesor vino á trocarse de tal manera con aquello que comenzó á amar y reverenciar al que primero aborrecia y á

(1) Est enim confusio adducens peccatum, et est confusio adducens gloriam, et gratiam. *Eccles. IV, 25.*
 (2) Lib. 5, c. 10 de la vida de N. P. S. Ignacio.

tomarle por maestro y guía suya; y así hizo los ejercicios espirituales, dándoselos nuestro Padre, é hizo una gran mudanza de su vida con notable edificación de los que antes le conocian. Por donde se verá cuán lejos está uno de perder con esto honra y reputación; porque por lo que uno cobrá mejor figura en los ojos de Dios y gana más cerca de él, no ha de perder, sino ganar tambien en los ojos de los hombres; que son ministros de Dios y han de imitar su condición. De lo cual infiero una verdad muy experimentada y muy digna de ser considerada, y es, que cuando uno anda cerrado y encubierto y no se acaba de declarar, es señal que no se quiere enmendar ni trata de eso, sino que se está todavía en sus faltas y que no quiere salir de ellas; porque si tuviese verdadero dolor y arrepentimiento de sus culpas y firme propósito de ser de ahí adelante el que debe, bien vé que no perderia con el superior en declararle su culpa, juntamente con ese arrepentimiento y propósito, sino que antes ganaria; y así es esta una cosa por la cual pierden mucho los que no se acaban de declarar, porque dan á entender que no están enmendados, ni tratan de eso.

CAPITULO VIII.

Respóndese por otra via á la dificultad pasada.

Por otra via pudiéramos tambien responder á esta dificultad; y es, que si nosotros fuésemos muy humildes, ó deseásemos y tratásemos de veras serlo, nos habíamos de holgar que el superior nos conociese y tuviese en lo que somos; y por eso solo habíamos de manifestarle todas nuestras malas inclinaciones y defectos; porque no es razón que quiera yo ser tenido por otro de lo que soy. La verdadera humildad, no solo hace que uno se conozca á sí y se ten-

ga en poco, sino que se huelgue que los otros tambien le conozcan y tengan en poco. Para otros fines está ordenada en la Religion esta claridad y cuenta de la conciencia, como habemos dicho en el capitulo primero. Mas aunque no hubiera en ello otro bien sino este, ese nos habia de bastar, si nosotrosuviésemos verdadero deseo de la humildad, porque este es muy grande ejercicio de ella; pero si falta esta humildad, si desea uno ser tenido y estimado, si desea oficios y puestos altos y honrosos, no me espanto que se le ponga delante un vano temor que suele espantar, ó por mejor decir, engañar á semejantes personas: «si mis faltas llegan á noticia del superior, nunca medraré ni alzaré cabeza, sino siempre andaré arrinconado y olvidado.» Los Santos y siervos de Dios, vemos que fingian faltas y aun pecados para que no echasen mano de ellos y los levantasen á dignidades y puestos honrosos, sino que les dejasen en su rincón. Pero el que por el contrario procurase encubrir las verdaderas faltas que tiene, para que le estimen y levanten y tengan en más de lo que es, muestras dá de estar muy lejos de la virtud.

Y débese advertir aquí un punto muy principal que tocamos tambien en otra parte (1); y es, que una de las cosas principales en que ha de ejercitar y mostrar el religioso la humildad y mortificación y las demás virtudes, ha de ser en aquello que es menester para guardar muy bien sus reglas, porque en eso consiste nuestro aprovechamiento y perfección; y si no tiene virtud para ejercitar y poner por obra las cosas de humildad y mortificación á que le obliga su regla é instituto, haga cuenta que no tiene nada. Porque ¿de qué sirve la vir-

(1) Part. II, trat. 3, cap. 25.

tud y la mortificación, si cuando se le pone delante una vergüenza natural, ó que perderá un poco de estima, atropella con una regla tan principal como esta? Si hubiese verdadera humildad y conocimiento y dolor de la culpa, esa vergüenza y confusión que recibe uno en declararla, habia de tomar de buena gana en recompensa y satisfacción de ella, y por solo eso habia de acudir al superior, como hizo el emperador Teodosio, que es ejemplo muy digno de ser imitado. Cuando Rufino le dijo que no fuese á la iglesia porque estaba San Ambrosio muy puesto en no dejarle entrar en ella, dice el emperador con mucha cristiandad y humildad: «Yo quiero ir á la iglesia y oír allí del obispo lo que merezco.» Pues así habeis de decir vos: «quiero ir á mi superior, quiero ir á mi confesor y oír de él lo que merezco; conózcame y téngame por quien soy y reciba el Señor esta vergüenza y afrenta en satisfacción y recompensa de mis pecados.» Esa es buena humildad y confusión y buena señal de arrepentimiento, y que no sienta uno por ventura más el descubrirse á un hombre que el haber ofendido á Dios. Muy lejos está esto de la verdadera humildad; si no dando nosotros ocasión para ello, habíamos de desear pasar injurias y falsos testimonios, y ser tenidos por locos, como dice nuestra Regla, ¿cuánto más lo habíamos de desear, haciendo un acto de virtud y de obediencia y Religion, y guardando una regla tan importante como esta?

Pero porque no parezca que lo queremos llevar todo por la via del espíritu solamente para allanar y facilitar más este negocio, tomamos ese otro camino que digimos en el capitulo pasado, que es tambien bueno y verdadero: mostrando que no solo pierde uno con el superior, descubriéndose y manifestándose, sino antes gana con él honra y estimación y más amor; y no se declarando, pierde todo eso con él. A lo cual añado

otra cosa, que se sigue de ahí, que cuando hay esta claridad, entonces el superior se fia mucho del tal, y con razón, porque conoce y entiende lo que hay en él, y está satisfecho que con lo que hubiere acudirá á él; pero cuando uno no se declara de todo, lo cual fácilmente se deja entender, entonces no se puede el superior fiar de él, porque no le conoce, ni sabe lo que hay en él, y así por fuerza ha de andar con recato, mirándole á las manos y trayéndole siempre entre ojos.

Y débese notar mucho esto, porque es una de las principales raíces, de donde suelen nacer muchos disgustos y amarguras en los súbditos, las cuales se atajarían y cesarían, si anduviese uno con claridad con el superior. Experiencia tenemos muy comun que con este trato y comunicacion se desentonan cosas y se deshacen aprensiones e imaginaciones que los superiores tenían de los inferiores, y los inferiores tambien algunas veces de los superiores. Suelen ser estas sospechas y temores, como las fantasmas de noche, que asombran y espantan de lejos, y si os llegais á tocarlas, hallareis que era una rama de un árbol lo que os parecia cosa del otro mundo.

Así acontece en estas cosas, que lo que os asombraba y espantaba y parecia que era algo, tocándolo, tratándolo y comunicándolo se deshace, y hallareis que es nada. Dijo muy bien Séneca, tratando del ánimo y fortaleza con que habemos de acometer las cosas: Algunas cosas hay que el dejarlas de acometer no es por ser ellas en sí difíciles; sino porque nosotros no nos atrevemos á acometerlas, por eso se nos hacen difíciles (1); que si nos pusiésemos á ello y nos animásemos á acometerlas, veríamos

(1) Non quia difficilia sunt, non audemus, sed quia non audemus, difficilia sunt. Seneca.

que no tienen tanta dificultad como se nos representa. Y trae á este propósito la comparación que habemos dicho de las fantasmas, y lo que dijo el otro: «Eran las formas al parecer terribles (1)». Y nota que no dijo que las cosas eran terribles, sino que parecían terribles; pero llegad y tocad y vereis que todo es nada: así es en lo que vamos diciendo.

CAPITULO IX.

Que debemos mucho á Dios por habernos hecho tan fácil y tan suave en la Compañía el dar cuenta de la conciencia, y de las causas de esta facilidad y suavidad.

Mucho debemos al Señor por la merced y beneficio tan singular que hace á la Compañía, en que haya en ella esta claridad con los superiores y que se use con tanta suavidad y alegría, porque de suyo es mas difícil que las penitencias y mortificaciones exteriores. Entenderáse bien la dificultad que esto tiene de suyo, por la que hay en el precepto de la confesion sacramental, en el cual suelen sentir comunmente los fieles mas dificultad que en los demás mandamientos; y para allanarla fué menester que hubiese tambien precepto divino del sigilo y secreto tan estrecho de la confesion: y con todo eso se les hace á algunos tan dificultoso, que por no declararse, escogen antes infierno, comenzado en esta vida con los remordimientos, congojas y sobresaltos que traen, y en la otra consumado para siempre. Pues aun mas que eso haceis vos cuando descubris todo vuestro pecho al superior, porque le descubris y declarais, no solo los pecados y lo que es materia de con-

(1) Terribiles visu formas.

fesion, sino lo que no es pecado ni materia de ella. Y muchas veces suele uno sentir mas repugnancia en decir una bajeza y poquedad suya, que tuviera en decir otros pecados mayores: y todo eso lo decís aun fuera de confesion, que es mas. Pues que una cosa de suyo tan dificultosa, y por otra parte tan provechosa, nos la haya hecho el Señor tan fácil y tan suave, mucho se debe estimar y darle infinitas gracias por ello.

Pero veamos qué es la causa de que haya tanta facilidad y suavidad en esto en la Compañía. Lo primero y principal es la gracia de la Religion, porque Dios ayuda particularmente á cada Religion con los medios proporcionados á su aprovechamiento, conforme al fin e instituto que profesa; y eso es lo que llamamos gracia de la Religion. Y como para el fin que profesa la Compañía, que es estar espuestos para discurrir por todas las partes del mundo, para ayudar á las almas y tratar con todo género de gentes, es medio tan importante y necesario que el superior nos conozca de pies á cabeza, y de dentro y fuera, por las razones que quedan dichas (1); de ahí es que Dios nos dá particular favor y ayuda para esto.

Lo segundo, que hace esto fácil y suave, es el buen acogimiento de los superiores, las entrañas de padre que los súbditos hallan en ellos; la blandura y amor con que los reciben, que no parece que están allí para otra cosa sino para oiros y consolaros á vos. Esta es una cosa de mucha importancia, y es menester que los súbditos se persuadan que hallarán esta buena acogida en los superiores, para que todos acudan á ellos con confianza y no dejen de hacer una cosa tan importante como esta, por temerse de los superiores y por tenerles por áusteros. Y ayudará á persuadirse esto, que

á los mismos superiores les importa mucho hacer esta buena acogida á los súbditos, porque ese es su oficio; y si no hiciere esto, faltarían á lo que deben.

El bienaventurado San Bernardo, sobre aquellas palabras de los Cantares: «Alegráremosnos y regocijaremosnos en ti, acordándonos de tus pechos y de tus entrañas, mas dulces y mas sabrosas que el vino (1)»: dá muy bien este recuerdo á superiores. Dice San Bernardo: «Oigan esto los prelados y superiores que tratan mas de ser temidos de los súbditos que del provecho de ellos. Aprendan los superiores á ser madres y no á ser señores; procuren mas ser amados que temidos, y muestren siempre á los súbditos entrañas de madre y pechos cargados de leche, y no pechos hinchados de mando y autoridad (2)». Y trae á este propósito aquello de San Pablo: «Hermanos, y si cogiereis á algun hombre en algun delito, vosotros que sois espirituales, corregidlo con espíritu de blandura, consideraos á vosotros mismos si fuerais tambien tentados (3)». Y aquello del profeta Ezequiel: «El impio morirá en su iniquidad, mas de su vida te haré á ti cargo (4)». ¡Ay! dice, de los superiores que no hacen buena acogida á sus súbditos, cuando acuden á ellos en sus tentaciones y flaquezas. Ay de ellos, si

(1) Exultabimus, et laetabimur in te memores uberum tuorum super vinum. Cant. I, 3.

(2) Audiant hoc praelati, qui sibi commissis semper volunt esse formidini, utilitati raro. Erudimini, qui judicatis terram; discite subditorum matres vos esse debere, non dominos. Studetis magis amari, quam metui; et si interdum severitate opus est, paternam sit, non tyrannicam. Matres fovendo, patres vos corripiendo exhibeatis; mansuescite, ponite feritatem, suspendite verbera, producite ubera, pectora lacte pinguescant, non typo turgeant. Bern. serm. sup. Cant.

(3) Fratres, et si praecipatus fuerit homo in aliquo delicto, vos qui spirituales estis, hujusmodi instruite in spiritu lenitatis, considerans te ipsum, ne et tu tenteris. Ad Galat. VI, 1.

(4) Ipse impius in iniquitate sua morietur; sanguinem autem ejus de manu tua requiram. Eszech. III, 18.

(1) Trat. 1, cap. 7.